

Nación, cultura y comunicación

(La alternativa a la globalización: integración continental)

Roberto Amaral

El nuevo siglo hereda de su antecesor la incerteza y la crisis. Ciertamente será todavía más corto que el breve siglo XX, recordando a Hobsbawm¹. La incerteza sobre su senda está plasmada por la crisis de algunas instituciones que la humanidad llevó siglos para construir, como Estado, soberanía, nación y nacionalidad. De una parte, el Estado-nación amenazado en su soberanía por los conceptos corrientes de interdependencia²; del otro, el Estado-social vaciado por el neoliberalismo. Como fondo, una globalización político-económico-militar-ideológica que logra reordenar el mundo según la lógica de los Estados dominantes, imponiendo la nueva orden internacional fundada en la relación Norte-Sur, dominante-dominado.

Es la pax americana.

Se el Estado-nación, y más que él el Estado-social, entran en decadencia (fundamentalmente como un fenómeno geo-político, por las manos de la globalización neoliberal), más se fortalecen las naciones y las nacionalidades y, tal vez de ahí derivados, los conflictos étnicos y religiosos que hoy fragmentan no solamente África (en proceso de desconstitución), pero tal vez principalmente Europa. No hablamos apenas de Kosovo.

¹ HOBBSAWM, Eric. *Era dos extremos*. Cia. das Letras. São Paulo. 1995. Si el 'breve siglo XX' tuvo la duración de la experiencia del socialismo real, el nuevo siglo nace marcado por la historia del neoliberalismo y de la globalización. Recordemos Lukács: "La crisis viene cuando la vejez está muriendo y el futuro no ha podido nacer".

² Escribe HOBBSAWM, ob. cit. p. 20: "Las propias unidades básicas de la política, los 'Estados-nación' territoriales, soberanos e independientes, inclusive los más antiguos y estables, se vieran quebrados por las fuerzas de la economía supranacional o transnacional y por las fuerzas infranacionales de regiones y grupos étnicos de secesionistas, algunos de los cuales —tal es la ironía de la historia— exigían para sí el *status* anacrónico e irreal de 'Estados-nación' en miniatura. El futuro de la política era oscuro, pero su crisis, en el final del Breve Siglo, evidente". (Traducción nuestra) La verdad, los términos interdependencia y protectorado de hecho, usados para designar una forma de restricción al concepto clásico de soberanía, deriva de la 'guerra fría' y de la bipolaridad, que logró la división del mundo en dos áreas de influencia, autónomas.

Si, en América Latina y en el Brasil en particular, no tenemos las exclusiones y las diferencias que separan en una misma ciudad, en una misma villa, en un mismo pueblo y hasta en un mismo barrio muzulmanos, cristianos, judíos y fundamentalistas de toda orden, tenemos el *apartheid* de los que nada tienen en pago de los que todo tienen; la división de la pornográfica concentración de la renta que separa de un lado la burguesía e las camadas medias de la población, y de otro los sin-tierra, sin techo, sin-empleo, los habitantes de la calle, los excluidos del mercado, económico e político, excluidos de la ciudadanía y del consumo. Son desigualdades sociales para más allá de diferencias religiosas, étnicas o culturales. En el año 2000 el Brasil continua siendo el país que tiene la mayor concentración de renta del mundo: la renta per capita de los 20% más pobres es 32 veces menor que la de los 20% más ricos. El desempleo ostensible (aquél de las estadísticas) en Sudamerica llega a proporciones alarmantes, según datos de la Organización Internacional del Trabajo: 7,8% en el Brazil, 12,5% en Uruguay; 15,6% en la Argentina y en Venezuela y 19,7% en Colômbia. Que comunión de valores, construyendo una nación común, puede existir en las poblaciones de esos países?

Cuando parecía que los derechos humanos iban a ser reconocidos en escala internacional —y yo llamo la atención aquí para el pleito visando la creación de un Tribunal Penal Internacional, en contra los intentos de la diplomacia norte-americana—, entra en decadencia la ciudadanía, con la crisis de la política y la crisis de la democracia y la quiebra de la democracia representativa. Así tenemos ciudadanías sin Estado, Estado sin nación —denunciada por la modernidad como un anacronismo—, y cultura sin civilización. Población, siempre, y pueblo, raramente.

Examino estas cuestiones desde el prisma de la globalización neoliberal y de la modernidad, para decir que estamos sometidos a un proceso de dominación foránea. Pero es preciso decir que somos Estados, civilizaciones y naciones con historias propias de submisión al colonialismo y al imperialismo, de servitud voluntaria y de opresión y explotación de los nacionales. Entre nosotros siempre caminaram juntos, los explotadores y nuestras élites.

En nuestro continente, después del desbarate de las dictaduras militares, se siguió la emergencia de estructuras autoritarias, penetrando nuestra sociedad, y todos los espacios de la vida social, para decirnos que el autoritarismo no es superestructural. Aprendemos muy tarde que el justo pleito democrático no era suficiente en si mismo, como no eran suficientes la reorganización jurídica de nuestros Estados y la retomada del proceso

electoral. Vencidas las dictaduras militares, vinieron regímenes autoritarios, algunos populistas, y creció la exclusión social. Se dice que el pueblo vota, ya vota y su voto casi siempre es respetado, y que eso es un avance en el campo de la ciudadanía. Es verdad. Pero el pueblo vota aunque sabiendo que su voto no resultará en transformaciones políticas o sociales, ni tan poco en cambios políticos. Muchas veces, y la historia reciente de Brasil y de Argentina es ejemplar, votando en el cambio, el ciudadano elige el conservadorismo³.

Pero la defensa del Estado-social no se puede confundir con la defensa de cualquier Estado, de todo Estado.

Nuestros Estados son indefensables. Creados bajo la égide del colonialismo, crecieron a servicio de la esclavitud y hoy se sostienen en la exclusión. Exclusión económica, exclusión política, exclusión ética, exclusión social de las mayorías abrumadoras de nuestras poblaciones que se ven fuera del Estado, fuera de la política, fuera del orden jurídico. Se puede decir que en nuestro continente, y el Brasil es un paradigma de esto, nuestros Estados se anticiparon a la nación y organizaron la nación según los intereses de clases instalados. Aquí tuvimos el País antes del Estado, el Estado antes de la nación, la nación antes del pueblo y antes de haber construido una civilización. Por eso, sin una elite identificada con un proyecto nacional, porque siempre fundada en la alienación, en la reproducción colonial de los intereses de la metrópoli; así hicimos una monarquía constitucional sin pueblo, y sin necesidad de opinión pública hicimos la República. Todas las transformaciones políticas se hicieran sin partidos políticos, sin ruptura y sin cambios en el mando de la política y del poder. Por eso este Estado, el Estado latino-americano, ‘no ha podido desarrollar la nación común, ni cultural, ni políticamente, menos aún la sociedad de mercado triunfante.’⁴ No ha podido porque este Estado no se identifica con la nación, y, Estado de clase —estado de la clase dominante, representante de intereses oligárquicos y foráneos—, no podía construir

³ Que se registre, además (y se registre, todavía, finalmente!, una elección sin sospecha de fraude), la elección, en México, de Vicente Fox, del Partido de la Acción Nacional (PAN), de tradición ultraconservadora y proamericana, derrotando 71 años de dominación del PRI, fundados en la corrupción, en el fraude y en el conservadorismo proamericano, cuando todo sugería la victoria de Cárdenas e de su alianza de centro-esquierda encabezada por el PRD. Pero el fenómeno, no es exclusivamente latino-americano. En Austria, la renovación se hizo con el ‘nuevo’ nazismo de Jörg Haider, y en Italia con el retorno a Silvio Berlusconi y Gianfranco Fini.

⁴ ALFARO, Rosa María. ‘Ciudadanía sin comunidad’. Ponencia presentada en el Seminario WACC-CEA ‘Cultura, Comunicación y Estado en América Latina – los desafíos de la globalización, Córdoba, Argentina, 5-9 de julio de 2000.

una nación-comunidad, una nación-colectiva, una nación reunida por valores comunes y destino común, porque es una nación destruída por la desigualdad, fragmentada socialmente. Así, ella no es una colectividad de ciudadanos ni fundadora del Estado.

No habrá sido, por lo tanto, mera casualidad la identificación del autoritarismo con el Estado, confundiendo dirigentes, Estado e soberanía nacional en una única categoría, como consiguieron, en los recientes años, las dictaduras militares en el Brasil, en el Uruguay, en la Argentina y en Chile. Y intentó Fugimori en las últimas elecciones.

Talvez ese cuadro poco animador esté en la raíz de la explicación de la forma servil y refleja con la cual nuestras elites, sin excepción, contestaron a las imposiciones ideológicas de la globalización. Pues fueron siempre — y en este aspecto las elites brasileñas son paradigmáticas— descomprometidas con la construcción del país y la organización nacional, con la construcción de un proyecto nacional, autónomo, del pueblo, civilización, nación cultura y país. Desde la colonia. Sin pueblo y sin opinión pública, en un país sin ciudadanía, hizimos la independencia, nos libramos de la esclavitud negra legal, nos libramos de una monarquía arcaica de sabor europeo, y sin pueblo implantamos una república presidencialista y federativa copiada servilmente del modelo constitucional norte-americano. Nacimos por el bautismo de una carta y por las manos y bendición de un escribano. Heredamos una historia hecha por pocos letrados en una humanidad de parias, indios y esclavos, esclavizables todos, población alienada de la riqueza y de los bienes de la cultura, en una sociedad que solamente reconocía al blanco, el blanco europeo y propietario, propietario porque blanco. De ahí el resultado de una sociedad extrativista que no se percatava de producir alimentos (esto porque no había ‘masa’ con derecho a la alimentación), pero unicamente mercaderías de exportación: la caña de azúcar, el café, el algodón en pluma, el palo-brasil, las piedras preciosas y los minerales. Se trata de una economía orientada para la tierra y con la visión y el corazón proyectados sobre el inmenso mar, presa, políticamente, a los intereses de la corte metropolitana, decadente, amarrada a la economía de las bolsas de mercaderías de París y, principalmente, Londres. De espaldas para si misma. Esa elite, de espaldas para su país, vivía con los ojos fijos en la playa, a la espera del navio, medio de comunicación e información. Con efecto, el navio hacia el contacto con el mundo, trayendo para la tierra barbara los periódicos europeos, la cultura ultramarina, el idioma, las costumbres importadas y, todavía, y siempre, y principalmente, ideología. Llevaba oro, plata, piedras, pieles, algodón, café y madera; traía

de vuelta calzados, tejidos, esclavos, la esclavitud, y la ideología del colonizador. El mercado interno, popular, jamás despertó el interés de nuestra clase dominante que, mercantil/extrativista, más estaba interesada en las importaciones/exportaciones, y por eso fue siempre defensora del libre-comercio y del libre-cambio y adversaria del proteccionismo y de la industrialización. El desarrollo, como el mercado interno, era una preocupación secundaria, como secundaria también sería la vida política. No había intermediación. Y para que vida política, prensa, instrucción o cultura en sociedad tan distante del centro decisivo, sin opinión pública (de quien no se resentía la política), con economía periférica fundada en la oligarquía rural, en la exportación, en la monocultura, en el extrativismo, en la dependencia y en la estratificación?⁵

Como hablar de ciudadanía en sociedades reflejas, sin proyecto nacional y en las cuales predomina la miseria?

Como hablar en participación?

No resultó fácil a los publicistas del Estado moderno determinar el concepto de nación. En verdad, él tiene sus raíces de concientización en las luchas contra el privilegio y no hubo clase que lo usase con más diligencia y provecho que la vieja 'bourgeoisie' francesa, para introducirlo como base de una nueva legitimidad, en presencia de los valores de la autoridad dinástica, peculiar a las monarquías de derecho divino, las cuales entraron en declinio histórico, y ya no podían sostenerse delante de la reformulación social, de cuño revolucionario, proveniente de las ideas de la Revolución Francesa. La caída del 'ancien régime' fue, en verdad, la caída de un principio de soberanía que, al trasladarse del monarca absoluto, se corporificó en un concepto nuevo: el de nación; la nación como totalidad y expresión de creencias comunes, de solidaridad, de comunión de destinos. Resalto que la comunión de destinos como su característica fundamental es la más distintiva. Es el concepto que se identifica teóricamente con la fórmula lapidaria de Ernest Renan: 'la nación, un plebiscito de todos los días'.

Si el concepto de nación es algo metafísico, el de nacionalidad es concreto, porque tiene mayor claridad, energía y determinación en los grupos étnicos que entran directamente al teatro de las luchas emancipatorias y desarrollan una función en el escenario de la historia.

⁵ Cf. HOUAISS, Antonio & AMARAL, Roberto. 'O exílio do povo: alienação da história' in *A modernidade no Brasil: conciliação ou ruptura?*. Rio de Janeiro. Editora Vozes, 1995 pp. 15 e segs.

Vista por este ángulo, la nacionalidad potencializa la nación y es indestructible e inmune a la violencia disolvente del neoliberalismo y de la globalización.

Las transformaciones del Estado, bajo el comando de nuestras elites, en búsqueda de acomodación al nuevo estagio del orden capitalista, pueden conducir al rechazo del clásico modelo nacional, pero jamás a la supresión del sentimiento y de la conciencia de nacionalidad⁶.

Alfarovee la nación como producto de los nacionalismos al cual corresponde no sólo un modo de hacer política sino de producir sentidos colectivos. Recuperando el papel organizador del Estado, trabaja con la noción de Estado-Nación, ‘que ha guiado los procesos de formación de nuestras sociedades’.⁷ Ernest Gellner, cita de ella, recuerda que el nacionalismo tiene un profundo arraigado en las exigencias estructurales de la sociedad industrial. Para él los nacionalismos son previos a las naciones. Sabemos que Stalin⁸, repitiendo a Otto Bauer⁹ e invirtiendo la concepción original de Marx y Engels, atribuye el advento de la nación a la necesidad que tenía la industria de un mercado nacional, con una población homogénea y un mercado común, por eso ella tuvo lugar primero en la Europa occidental. ¿Pero como se coloca esa misma cuestión cuando el capitalismo se internacionaliza, la producción nacional es substituída por la producción internacionalizada, el mercado nacional es substituído por el mercado globalizado o por el mercado único de las grandes potencias o de los bloques económicos? ¿Cuando las naciones son amenazadas por el internacionalismo burgués y el régimen de la *unipotencia*, y la sociedad industrial es substituída por la sociedad pós-industrial, informatizada, virtualizada, bajo el reino del capital internacional, especulativo y volátil, viajante? ¿Cuando la producción para el mercado requiere la estandardi-

⁶ Escreve Boris Fausto: “É evidente que, com a limitação dos Estados nacionais e do princípio da soberania nacional, o sentimento patriótico sofreu um forte impacto. A afirmação desse sentimento em uma ordem mundial globalizada mudou de rumo. Nos países chamados emergentes, não é mais possível apegar-se ao passado e identificar o patriotismo com a defesa de uma autarquia nacional, cercada por um mundo ameaçador, embora haja quem mantenha essa perspectiva. Hoje o sentimento patriótico tem razão de ser quando se refere ao interesse nacional. Este mudou de caráter, mas não desapareceu, projetando-se tanto no plano interno quanto no plano das relações internacionais”. In *Folha de S. Paulo*, suplemento *Mais*, 24.9.2000.

⁷ Todas las citas de Alfaro, esta y las demás, remiten a su ponencia en el Seminario de Córdoba

⁸ Stalin, I.V. “Marxism and the National Question” in *Marxism and the National Colonial Question (El marxismo y el problema nacional y colonial, 1979)*, 1913.

⁹ BAUER, Otto citado por Tom Bottomore, *Dicionário do pensamento marxista*. Rio de Janeiro: Zahar, 1988. p. 274.

zación de la producción, o sea, estandarización de mercaderías y servicios, de bienes materiales y simbólicos, mas también de normas, de creencias, de valores, de cultura?

El núcleo natural de pertinencia de los seres humano pasa a ser el mercado y la violencia del mercado es el instrumento regulador de la desfunción capitalista, y así, las desigualdades son profundizadas por las desigualdades. La fatalidad del mercado se transforma también en la fatalidad del mercado único, y aquellas libertades que construyeron al ciudadano ceden lugar a la libertad que hace el consumidor, dándole el derecho de consumir lo que el mercado le ofrece: tanto bienes de primera necesidad cuanto valores, programas políticos, regímenes políticos, ideologías que eternizan una visión de mundo solidaria con el poder, con el *statu quo*. El mismo proceso que llevó a la globalización política, económica y militar lleva igualmente a la globalización de la cultura y de la información, vale decir, de la ideología, de la voluntad, del querer, del ser. La 'libre circulación' de mercaderías (Pero, mercaderías no son solamente Coca-Cola, Nike, o Macdonalds, o Boeing. Son también los conceptos de democracia, de democracia representativa, de ciudadanía, de modernización y de globalización) es también la dictadura del pensamiento único, que ejerce un auténtico chantaje contra toda y cualquier reflexión crítica, denunciada como enemiga de la 'razón', de la 'modernidad', del 'realismo', de la objetividad, de la 'responsabilidad', de la práctica y del pragmatismo; el pensamiento único reafirma el carácter invencible de la evolución natural de las cosas; la victoria del pensamiento único exige la capitulación intelectual y condena a las penas de la irracionalidad todos aquellos que se rehuyen a aceptar que el 'estado natural' de la sociedad sea el mercado¹⁰.

La economía nacional cede lugar a la economía globalizada. El territorio cede lugar al mercado internacionalizado. El mundo es un supermercado, un *shopping center* en el cual se convirtió la sociedad de mercado único, de la verdad única, de la potencia única y del ejército único. El Estado-nación, sin economía nacional, amenazado de desterritorialización, es substituido por el mercado mundial. El precio es conocido: el aumento de la riqueza de algunos países centrales, Estados Unidos a la cabeza, y el empobrecimiento del restante de la humanidad, el aumento de la explotación, el aumento del desempleo, la deteriorización de todos los indicadores de calidad de vida, concentración de la riqueza, aumento de la pobreza, exilio de multitudes errando por el mundo, aniquilamiento de etnias. La globali-

¹⁰ RAMONET, Ignacio. *Géopolitique du chaos*, Paris, 1997

zación neoliberal está dividiendo el mundo en dos hemisferios intransportables, opuestos y en breve oponentes. Uno, representado por media decena de países del norte, desarrollado y post-desarrollado, post-industrial, controlador del capital, productor y consumidor de alta-tecnología; en la otra esfera, los demás países, meros proveedores de productos primarios, con enorme decrecimiento de su PIB per capita y de su nivel de empleo.

Seguro que las salidas no serán dictadas por el fundamentalismo del mercado, por lo cual la ‘competencia’ es matizada pelo *gap* tecnológico norte-sul, por los bloques económicos, por el monopolio, por los oligopolios, por los carteles y por el *dumping*.

Nuestras naciones enfrentan el desafío de la globalización, que antes desestructuró el Estado clásico, desorganizó las economías y estableció el régimen de la dependencia. Nos referimos a las amenazas al Estado, a los Estados-nacionales, al Estado-nación, y, inevitablemente, a la política. Es la transformación del Estado social en el Estado mínimo, o irresponsable, ciego para la crisis social, o sea, queremos señalar que la llamada crisis del Estado es mas propiamente la crisis de la soberanía, por lo tanto, del nacional, pues si es imposible la sobrevivencia del Estado carente de soberanía, es igualmente inconcebible la sobrevivencia de la soberanía frente al régimen de unipolaridad y *unipotencia*¹¹.

Es este el nuevo orden mundial. Representa, además del imperio del consumismo, del lucro y del mercado, la unidimensionalidad de valores; su antídoto, es la recuperación de la nacionalidad, de la nación y de los intereses nacionales. Delante de este nuevo orden, la defensa del nacional, esto es, de la nación, es un imperativo de sobrevivencia política y económica, pero sobre todo de sobrevivencia cultural. Sobrevivencia que mucho depende del papel que en el mundo y en nuestros países ejercen los medios de comunicación de masas, cada vez más internacionalizados (o mundializados, o globalizados) con las matrices de sus contenidos construídas afuera de las naciones periféricas.

Refiriéndose al papel de la prensa en Perú, en las recientes elecciones presidenciales, Alfaro de fato describe la comunicación en el continente: “La mayoría de los canales de televisión abierta y los periódicos populares ‘coincidían’ - en puntos de vista o por reacción ante amenazas o por simple conveniencias – con la propuesta gobernista...”. Este es el cuadro conti-

¹¹ Tratamos de estos conceptos y de la ‘nueva órden mundial’, en el artículo ‘Civilização e barbárie (ou ensaio sobre a nova ordem mundial)’. *Revista de Informação Legislativa*. Brasília. Ano 36. N. 142, abril/junho de 1999 pp. 347 e segs.

mental. Los medios de comunicación, principalmente los electrónicos, son gobernistas, profesan la ideología dominante, y en nuestros países nuestros gobiernos no representan los intereses nacionales. El elector puede cambiar de partido, el espectador puede cambiar de canal, y todo seguirá lo mismo. Pero no se habla de una conspiración entre medios, gobiernos y empresas. No se habla de maquinación pero de uno consenso producido por el orden natural de los negocios. Nuestra prensa es refleja, como nuestros gobiernos, sigue los patrones informativos y los contenidos de la gran prensa norte-americana, mientras nuestros gobiernos reproducen los intereses de Wall Street, del FMI, del BIRD, del BID, etc. Pero, es imposible pensar en un proceso de democracia representativa sin la mediación de los medios de comunicación de masas... Y así se dan 'las relaciones entre nación, cultura, estado y nacionalidad; las distancias o engranajes entre lo local y lo universal'. Son palabras de Alfaro que persigue nuevas formas de hacer política y relacionarse con la ciudadanía; las perspectivas ético-políticas y culturales que se presentan hacia el futuro.

A pesar de corresponder a las necesidades del capitalismo en su fase monopolista, la globalización, tal cual experimentamos hoy, no sería posible sin el desarrollo tecnológico, sin el desarrollo de la informática y de los medios de comunicación, que ejercen papel fundamental en la homogenización ideológica¹². En este sentido, reforzando una visión globalizada y unilateral del mundo, una globalización falsamente inevitable que transforma lo nacional en un arcaísmo, los medios de comunicación de masas, en los países periféricos, desempeñan papel de conspiración contra los intereses nacionales. Fragilizan la identidad nacional al atuar contra los valores e instituciones nacionales y los valores de la ciudadanía y de la comunidad, necesarios a un proyecto de desarrollo político y económico que solamente lograría efecto si consiguiese movilizar a la población. Foráneos como nuestras elites, son aparatos de reproducción de los intereses

¹² Ya en los años 50-60, Marshall McLuhan escribía una serie de libros sobre su formulación de la aldea global. En aquel que es, ciertamente, su obra fundamental, *La galáxia de Gutenberg* (The Gutenberg galaxy, the making of typographic man, University of Toronto Press, 1962), el filósofo canadiense nos dice que "La nueva interdependencia electrónica recrea el mundo a la imagen de una aldea global". (Seguimos la edición brasileña: *A galáxia de Gutenberg*. Cia. Editora Nacional. São Paulo. 1972, p. 58). Caminando por otras vías, BARNET, Richard J. & MÜLLER, Ronald em *Poder global: a força incontrolável das multinacionais* (Global Reach, 1974) describen cómo algunas centenas de empresas, 'mayores y mas poderosas que muchas naciones', vinieron dominar la economía mundial. (Seguimos la edición brasileña: Distribuidora Record. Rio de Janeiro. S/d). Los autores se refieren a los nuevos administradores mundiales, para los cuales la lealtad empresarial supera a la lealtad nacional.

coloniales, reprimiendo lo nacional en beneficio de lo global, el interés nacional por el interés externo, anulando así la posibilidad de emergencia de las bases ideológicas de un proyecto nacional autónomo y autosostenible. O sea, intentando desconstituir la nación a partir de la masificación de patrones e valores foraneos, non-nacionales, non-locales, internacionales.

Así, en el proceso de alienación de nuestras sociedades, de alienación de nuestros intereses, interiorizando la ideología de la globalización autoritaria, de la modernidad, del neoliberalismo, del libre-mercado y del consumismo, destacase la acción de los medios de comunicación, construyendo el discurso único, dogmático, el monopolio de la información abundante e insignificante, desintegrada y desintegradora, dispersa, desestructurada y desestructurante, una visión cada vez más despolitizada, incolor e inodora, deshistoricizada y deshistoricizante, instantaneísta y descontinua, atomizada y atomizante del mundo, el mundo mediático, que, virtual, se sobrepone al mundo real, expulso de la televisión, de donde proviene la videopolítica y la videodemocracia. La opinión pública es la opinión de los que controlan los grandes medios de comunicación, verdaderos partidos, o, el partido-único, portador del discurso ideológico homogenizado: lo inevitable de la 'globalización', el 'fin' del Estado, el 'fin' de la historia, la privatización y la desnacionalización como imperativos categóricos, de donde resulta el fin del debate y de lo contradictorio, la ideología de la aceptación y del desengaño, y la negativa de cualquier alternativa que no sea la continuidad. La política, así, es el simulacro de la política, la democracia (sin diálogo, y sin representación) niega la democracia, la comunicación no informa.

Son estos medios que van a intervenir en la construcción de los conceptos de nación, de cultura, de Estado, de democracia, de ciudadanía, frustrada esta cuando es justo que los ciudadanos aspiren a más derechos.

El fundamento de este nuevo orden económico es la libertad de los individuos. Dicen. Pero lo que se ve es su destrucción: la violencia del desempleo, la precariedad de la sobrevivencia física, el miedo de la inseguridad: el hombre pasó a temer el futuro. El reinado del mercado implica al reinado del consumidor, el sustituto comercial (despolitizado) del ciudadano¹³; el bien público es el bien privado, la cosa pública es la

¹³ Observa GUIMARÃES, Samuel Pinheiro. *Quinhentos anos de periferia*. Porto Alegre. Editora da Universidade/Contraponto. 1999. p. 138: "El grande dilema de la democracia y del capitalismo es que, en la democracia liberal, cada ciudadano tiene un voto, mientras que en la economía de mercado cada consumidor tiene tantos 'votos' cuanto su renta". (Traducción nuestra)

cosa privada. El libre-flujo de mercancías (en el sentido norte-sur) y del dinero no corresponde al libre tránsito de los hombres ni de la mano-de-obra. Al contrario, cada vez mas, en los países llamados de primero mundo, son mas severas y mas restrictivas las políticas migratorias, estimulando a la discriminación y a la intolerancia racial. Mientras el mercado recibe con agrado y protección el capital, para los cuales estan abiertas las economías de todo el mundo (pero, principalmente, las economías periféricas), millones de migrantes erran sin encontrar um lugar donde establecerse y trabajar. Lo que puede migrar es el capital, son los establecimientos industriales que se transfieren de país a país, en busca de mano-de-obra más barata. Es la sobre-explotación de los pueblos periféricos.

Nuevas condiciones objetivas de la política real y nuevas perspectivas ético-políticas piden nuevos agentes o imponen nuevos papeles. En lo que la praxis social y política se tensiona con los sectores políticos y prácticos, cumple a los intelectuales, inseridos directamente en el proceso de producción, clase-masa, uno papel nuevo, casi diria revolucionario, de resistencia activa. Cumple el ejercicio no sólo de la crítica como también de la acción, o sea, de la intervención modificativa, asumiendo, de esta forma, un papel hegemónico en el proceso revolucionario, en la medida que otro parece ser el papel de la clase operaria clásica, y cuando no se puede esperar sea la acción revolucionaria, sea la acción solamente de resistencia de los ejércitos de los excluidos que la disfunción capitalista está creando, por que la fuerza social dirigente de la luta revolucionaria – escribe Jacob Gorender– no será formada ni por los miserables ni por los excluidos, “pero por incluidos en el sistema, por aquellos capaces de realizar su implosión, actuando en las engranajes decisivas de la producción económica.”¹⁴

Nuestros pueblos están siendo llamados para enfrentar esos desafíos, ahondando el proceso democrático en nuestros países, democratizando nuestras sociedades, y retomando el papel social del Estado. Una vez más tendremos que encontrar en la diversidad de nuestros pueblos, de nuestras culturas, y de nuestras historias el amalgama de unificación de nuestros intereses; el desarrollo económico, la reconstrucción de nuestros países, o la radicalidad democrática, la profundización de la participación popular en el proceso decisorio, el fortalecimiento de los movimientos sociales, la legitimación de la política.

¹⁴ GORENDER, Jacob. *Marxismo sem utopia*. São Paulo: Ática, 1999: 232.

La alternativa para la globalización puede ser la reconquista de lo nacional, la alternativa para el poder concentrado puede ser el poder local, la alternativa de alienación debe ser la participación, la alternativa a una democracia representativa defraudada debe ser la democracia participativa.

Tal vez la alternativa de la política nacional sea la descentralización, la recuperación de la política local, la política vecinal, posibilitando el fortalecimiento de las raíces populares y culturales, construyendo la resistencia a partir de la base de la nacionalidad: la comunidad. Esto puede ser una respuesta a lo que Alfaro llama de mercantilización de la cultura y de la política, como elementos integrantes de nuestras sociedades. Tal vez pudiéramos hablar en la regionalización de la nación. “La región es la nación del siglo XXI y el principio de la regionalidad tendrá en las próximas décadas la misma fuerza expansiva y la misma intensidad que tuvo el principio de las nacionalidades en el siglo XIX. Por lo tanto, valdrá en dimensión territorial como antídoto de resistencia étnica a la disolución globalizadora del neoliberalismo, cuya conspiración contra las soberanías es patente. Conspiración para subalternizarlas o deshacerlas.” Son palabras del publicista brasileño Paulo Bonavides¹⁵, renovando su tesis sobre la necesidad – de ahora en adelante imperiosa – de introducir en el esquema de la Federación brasileña una cuarta instancia política de poder autónomo.

Pero la gran alternativa puede y debe ser la integración continental. Ninguno de nuestros países tendrá condiciones de sobrevivencia aislada.

Separados y aislados por imposición de la geopolítica colonizadora, nuestros países empiezan a reconocer a si mismos y así descubrimos que tenemos más unidad que diversidad, más aproximaciones que divergencia y, que, respetando nuestras culturas y nuestros proyectos, de cada pueblo y de cada país, podemos construir en común el proyecto del desarrollo común, mirando con los ojos hacia arriba, pensando en la comunidad latino-americana.

Se conocen las dificultades para la integración latino-americana. Basta considerar el papel específico de México (ya subsumido pelo NAFTA) frente a los Estados Unidos y sus compromisos con el proyecto de la Asociación Americana de Libre Comercio-ALCA, que será, cuando y si realizada, la última pala-de-cal en la sobrevivencia política y económica de

¹⁵ Nuestra traducción. BONAVIDES, Paulo. *A constituição aberta*. 2ª.ed. São Paulo: Melhoramentos, 1998.

nuestros países. Otros son los obstáculos que determinan la integración con América Central y el Caribe. Pero es posible y urgente la interacción de la América del Sur, y en ese sentido las recientes elecciones venezolanas pueden significar un aliento. Por supuesto refirome a las elecciones/referendum del Presidente Chávez que pueden ser interpretadas también como una aprobación popular a sus proyectos bolivarianos de integración e de independencia. A este propósito el MERCOSUR, fortalecido, caminando para más allá de un acuerdo aduanero, la integración en él de países como Chile y Venezuela, puede ser un marco, de interés de nuestros pueblos, visando a una integración de América del Sur. Podrá ampliarse aún con la asociación, además del Chile, de la Bolivia, del Peru y de la Comunidad Andina, en que pese las crisis de Ecuador y Colombia. Solamente através de él sus países-miembros tendrán algún poder de competencia internacional; ampliado, en los marcos de su ambito regional y en los marcos de sus objetivos, el MERCOSUR podrá aumentar la capacidad de negociación de nuestros estados con los Estados Unidos y el Canadá, y, consecuentemente, de enfrentamiento al ALCA.

Pero, no tenemos ilusiones. Por ahora el MERCOSUL es solamente una institución de naturaleza económica, mas que todo de naturaleza y fines comerciales/aduaneros. Su objetivo es solo implantar y administrar una zona de libre comercio y una unión aduanera. En el maximo, un bloque económico para hablar con otros bloques. Mismo asi viviendo las constantes dificultades con los conflictos de interés entre Brasil y Argentina. Por eso, para nosotros, es aún solamente un marco que, acaso politizado, puede transformarse en un punto de partida para una quimerica pero necesaria unión continental. De todos los modos, un marco, un punto de partida que no puede ser olvidado.

Es evidente que las dificultades y los obstáculos son muy grandes, pero no son mayores que las dificultades que la Comunidad Europea tuvo que superar en poco más de 30 años, después de dos guerras mundiales y tantos conflictos de fronteras y conflictos culturales e históricos que se remontan a tantos siglos. Tenemos una historia colonial próxima, todos pertenecemos a la misma civilización latina, hablamos apenas dos idiomas, hermanos, tenemos las mismas raíces religiosas, tenemos pocos conflictos fronterizos. Y mas que nada nos debe animar la exigencia agónica de la necesidad. La integración en una comunidad de naciones, en una confederación de estados independientes, no importa lo que sea la fórmula política que se encuentre, es un imperativo para nuestra sobrevivencia colectiva. Conspiran contra ese objetivo nuestra pobreza y tanto cuanto

ella las diferencias gritantes de desarrollo entre nuestros países, las cuales dificultan la elaboración de políticas comunes através de mecanismos intergubernamentales, pobreza y desigualdad que también están a punto de reclamar una acción conjunta de nuestros pueblos, para más allá de los bordes del neoliberalismo, posibilitando la reducción de nuestras disparidades internas, “la construcción de sistemas democraticos reales, la lucha por la multiculturalidad” y, finalmente, la reducción de nuestra colectiva vulnerabilidad externa¹⁶, por medio de la creación de un poderoso mercado interno. Pero, sobre todo, nuestra integración cultural e nuestra integración política.

A la evidencia, la imposibilidad de realizar un solo de estos proyectos según los marcos del neo-liberalismo. La reacción es política e solo la unidad política de nuestros pueblos — por en cima de las diversas elites nacionales, en contra mismo los intereses de nuestras elites económicas, en alianza con el capital internacional, en contra los intereses de nuestras elites intelectuales y técnicas, alienadas — puede construir una alternativa a la dominación.

La integración económica y política de America del Sur podrá ser la respuesta a 500 años de periferia.

Seguro que es muy difícil cualquier intento de integración (indispensable al proyecto de independencia) porque contra ella trabajan no solamente los intereses de los Estados Unidos, mas también nuestras clases dominantes, que defienden una inserción subordinada en el sistema internacional.

La utopia es la reconquista del derecho de construir nuestro propio destino.

¹⁶ GUIMARÃES, ob. cit. p. 135